

Horacio

Mauricio A. Figueroa Candia

Mi nombre es Horacio y soy una historia vieja. Mi nombre, que es nombre antiguo, me lo puso mi papá.

A mí me han contado incontables veces, por lo que ya estoy cansado y gastado. Mis conjunciones son torpes, mis significados tienen cataratas y me duelen los artículos.

Creo que soy la historia de mi papá aprendiendo a ser mi papá, y la historia del hijo de mi papá, entendiendo las limitaciones del río.

De tanto que me cuentan, mi nombre ya no significa lo que antes; ahora soy como un mantra vacío, más cerca de lo insignificante.

El tiempo pasa, claro, pero insiste con sus ritmos: soy las ruinas de una historia mayor, pero el tiempo que toma contarme no cambia. Quizás soy un reloj, o un latido verbal, o un faro para otros relatos menores.

Mi nombre es Horacio y soy una historia vieja. Soy la historia de lo que se hace antes de irse a dormir, antes de que se haga de noche.

Las palabras no son infinitas, porque hay que sabérselas todas para que sean, pero cosas sin fin pueden ser dichas con ellas. Todas las cosas se repiten si les dan suficiente tiempo.

Diciembre de 2020